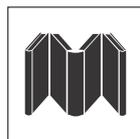


Viveca STEN

No culpable

Traducción:

GEMMA PECHARROMÁN



MAEVA

Para Leo, el animador de la familia

1

Sábado, 4 de noviembre

Marianne se detuvo en la entrada. Los zapatos estaban tirados por el suelo de cualquier manera. Instintivamente, se agachó y los colocó en su sitio, en orden, unos al lado de los otros. Luego se percató de que faltaban las botas de Lina, unas Timberland de color claro.

Se asustó. ¿No había vuelto a casa la noche anterior?

Recogió pensativa un gorro de un rincón. Su hija dejaba sus cosas por todas partes. El desorden era total. Al menos, podría haber llamado si pensaba dormir fuera de casa.

¿Y si le había ocurrido algo?

Ese pensamiento le oprimió el corazón. Marianne inspiró profundamente para serenarse.

Se podía haber caído de la bicicleta y haberse hecho daño. Era fácil caerse de la bicicleta en esa época del año. Los estrechos caminos de guijarros estaban muy resbaladizos en otoño. Le había advertido a Lina que fuera con mucho cuidado cuando salió hacia Trouville, a casa de los Hammarsten.

La inquietud se fue adueñando de Marianne sin que ella lo pudiera remediar. Parecía como si se le desbocara el corazón, los latidos eran cada vez más fuertes. Todo a su alrededor empezó a dar vueltas.

¡Tranquilízate!, se dijo a sí misma. Respira.

Con las piernas temblando, se dirigió a su acogedora cocina de estilo rústico y se sentó en una silla. En verano pintaron las sillas de la cocina, al sol, en el embarcadero. Lina la había

ayudado. Recordó que se estuvieron riendo porque Lina se manchó el biquini de pintura.

Marianne se levantó y sacó un vaso del armario de encima del fregadero para beber un poco de agua. La respiración se volvió más regular. Naturalmente, Lina se habrá quedado en casa de los Hammarsten. Eso tenía que ser. ¿Dónde iba a estar si no?

El silbido familiar de la cafetera sobre la placa de la cocina la calmó. Sí, se tomaría tranquilamente una taza de café y a las ocho llamaría a Hanna Hammarsten para que le confirmara si Lina se había quedado a dormir en su casa sin avisar.

Eso era lo que solían hacer las chicas jóvenes.

Luego intercambiaría con Hanna unas risas comprensivas, como suelen hacerlo las madres cuando sus hijos se comportan de manera despreocupada e irresponsable.

Después ella sonreiría, avergonzada de sí misma y de la angustia que había pasado, y más tarde Lina le diría que era el prototipo de madre sobreprotectora.

—Deja ya de preocuparte, mamá —podía oírla—. No seas así. Ya soy mayor, ¿es que no lo entiendes?

Hanna comprendería perfectamente cómo se sentía. Todas las madres se preocupan. Sobre todo si tienen hijas. Es lo normal.

Marianne siempre había pensado que cuando Lina fuera mayor se acabarían las noches en vela y los sobresaltos nocturnos. ¡Qué equivocada estaba! Ahora, cuando no se podía dormir hasta que Lina llegaba a casa, añoraba aquel tiempo en que su hija era pequeña, cuando lo peor que podía sucederle era que se despertara después de una pesadilla. Bastaba con un abrazo o, tal vez, un biberón. Y si ninguno de los dos remedios funcionaba, se la llevaba a la cama, donde solía quedarse dormida enseguida. La recompensa, ciertamente, consistía en unos despiadados empujoncitos en la espalda durante toda la noche, pero aquello no era nada comparado con la inquietante angustia de los últimos años.

El café estaba listo.

Miró otra vez el reloj. Las ocho menos cuarto. A las ocho llamaría. Ni un minuto más tarde. Era algo temprano, pero no podía esperar más.

Su taza preferida, una de cerámica de color azul, estaba en la fila delantera del armario. Solo con verla tuvo la sensación de que todo volvía a la normalidad. Dos terrones de azúcar, un buen chorro de leche y el café estaba listo. Sabía dulce y fuerte, justo como a ella le gustaba, lo que la hizo sentirse mucho mejor.

Se rio de sí misma. ¿Qué se había imaginado en realidad? ¿Qué podía pasar en Sandhamn, una isla que Lina conocía como la palma de su mano? Podía llegar a casa con los ojos cerrados.

Entre Trouville, al este de la isla, y su casa en el pueblo había poco más de dos kilómetros. ¿Qué podía ocurrir en un trayecto tan corto?

Tomó un sorbo de café y meneó la cabeza. Se había alarmado sin necesidad. No era la primera vez que Lina se quedaba a dormir en casa de su mejor amiga y se olvidaba de llamar. Probablemente, se le había hecho tarde y estaba demasiado cansada para volver a casa. Lo más sencillo era quedarse a dormir en la de Louise. Sobre todo cuando fuera estaba tan oscuro como boca de lobo. No había ningún tipo de alumbrado y la mayoría de las casas permanecían cerradas durante el invierno. Aunque era el puente de Todos los Santos, apenas se veía gente que hubiera venido a pasar esos días festivos en la isla.

Marianne, pensativa, no dejaba de remover el café con la cuchara. El azúcar se había quedado en el fondo. Echó una ojeada a la vieja cocina de leña que había heredado de su madre y que decidieron conservar cuando renovaron la casa. El rescaldo del día anterior se había apagado durante la noche, pero aún estaba templada. Era impresionante lo bien que conservaba el calor.

Se levantó para echar leña y encender un fuego. En otoño, y especialmente en invierno, era agradable desayunar oyendo

el crepitar del fuego. El frío podía llegar a ser cortante cuando soplaban los vientos del norte... Era una suerte que hubieran conservado la antigua cocina de leña y las antiguas chimeneas del comedor y del salón.

Volvió a mirar el reloj. Faltaban tres minutos para las ocho. No pudo aguantar más. Descolgó el auricular y marcó el número.

—¿Sí? —Una voz medio adormilada respondió a la tercera señal. Era Hanna.

Marianne enseguida se arrepintió. La había despertado sin motivo.

—Hola, soy Marianne. Perdona que te moleste. Solo quería preguntarte si Lina está en vuestra casa. No volvió a casa anoche y no ha llamado, claro. Ya sé que es ridículo, pero quería asegurarme de que no le ha pasado nada.

Se hizo un silencio al otro lado del auricular.

Duró solo un segundo, pero fue muy significativo. Las dificultades respiratorias de Marianne volvieron.

—¿Lina? No está aquí. Se fue anoche a las diez. ¿No está en casa? —En la voz de Hanna se percibía su asombro—. Espera, voy a asegurarme.

—Sí —susurró Marianne—. Por favor, mira a ver.

Hanna dejó el auricular y se alejó. Marianne apretaba el teléfono con tanta fuerza que le dolían los dedos.

Al momento volvió Hanna.

—Lo siento mucho —le dijo—. No está aquí. Louise dice que cuando terminó la película volvió a casa en la bici. ¿Estás segura de que no se ha metido en la cama?

Marianne fue incapaz de responder. Intentaba articular alguna palabra, pero la lengua no le obedecía. Se le nubló la vista.

¿Dónde estaba su hija?

2

Viernes, 22 de febrero

—¿**P**asas los veranos en Sandhamn? Tengo un conocido allí.

La joven continuaba hablando sin advertir que su interlocutora no mostraba ningún interés en seguirle la conversación.

Nora Linde se arrepentía de haberse dejado convencer para asistir a la fiesta que había organizado un médico compañero de Henrik. Su marido había desaparecido inmediatamente para saludar a unos conocidos y allí estaba ella, esforzándose por mantener una conversación con una desconocida a la que le sacaba como mínimo diez años. Llevaba el cabello castaño escalado, un corte muy a la moda, y una minifalda que realzaba sus esbeltas piernas.

A su lado, Nora se sentía vieja y ajada.

Ya ni se acordaba de la última vez que fue al gimnasio, y su melena tipo paje llevaba tiempo pidiendo a gritos un corte. Diez años con hijos pequeños y un trabajo a jornada completa en el departamento jurídico de un banco habían dejado su huella. Y Henrik, su marido, dedicado a su carrera de médico, que antepone su pasión por las regatas a compartir con ella las tareas del hogar, no había ayudado precisamente a aliviar su situación.

El vestido negro que llevaba no era nuevo ni estaba de moda, pero no se había sentido con fuerzas para esmerarse más. En cualquier caso, no por Henrik.

Durante los últimos meses, el matrimonio Linde había mantenido una relación tensa y distante. El motivo era la decisión de Nora de quedarse con Villa Brandska, la casa que Signe Brand, la vecina que había sido como una segunda abuela para

ella, le había legado en su testamento. Cuando Henrik insistió en venderla para poder comprarse una casa más grande y más elegante en Saltsjöbaden, localidad en la que residían, ella se negó.

Después de pasar todo el otoño de morros, habían llegado a convertirse en enemigos cordiales que hacen lo posible por guardar las apariencias y que continúan comportándose como de costumbre: iban juntos a los partidos de fútbol de Adam, a ver jugar al tenis a Simon, y fingían que no pasaba nada. Estaban instalados en un vacío emocional, que había funcionado durante un tiempo pero que no podían prolongar mucho más.

—Perdón, ¿qué me decías? —le preguntó Nora, con la esperanza de no parecer demasiado antipática. Aquella agraciada chica no tenía la culpa de que ella y su marido ya no se llevaran bien.

La chica le respondió con una amplia sonrisa.

—No te preocupes. Sé que a veces me enrolló demasiado. Decía que conozco a alguien de Sandhamn. O mejor dicho, lo conoce mi mejor amiga, que es quien me ha invitado esta noche. Se llama Marie. Es enfermera.

—¿Ah, sí? —Nora hizo cuanto pudo para parecer interesada. Bebió un sorbito de su cóctel rosado y asintió con la cabeza animándola a que siguiera.

—Marie está saliendo con un chico que tiene casa allí. El archipiélago es realmente muy bonito, ¿verdad? De todos modos, la cuestión es que la casa es suya y de su mujer.

—¿Su mujer?

La joven puso cara de remordimiento.

—Ay, tal vez no debería haber dicho nada. —De repente parecía insegura—. El chico de Marie sigue casado, pero está a punto de separarse. Si no lo ha hecho antes, es solo por los niños.

—Hay que ver —dijo Nora, a la vez que se preguntaba qué podía decir que no sonara como una estupidez.

La conversación era grotesca. ¿Qué le respondes a alguien que revela la aventura amorosa de su mejor amiga con un hombre casado a una persona absolutamente desconocida?

—Marie está enamoradísima. Él es un verdadero bombón, moreno, guapo... Además, es médico, ¿no está mal, eh? —Le guiñó expresivamente un ojo a Nora y bebió copiosamente de su copa.

—¿Médico? —repitió Nora.

—Sí, médico. Un auténtico chollo.

—¿Cómo se llama?

—No debería charlar sobre esto, porque Marie dice que él quiere mantenerlo todo en secreto hasta que hable con su mujer, pero no creo que pase nada por contártelo.

—No —convino Nora—. ¿Qué va a pasar? —De pronto sintió la necesidad de conocer el nombre.

—Se llama Henrik. Es radiólogo en el hospital de Danderyd.

—La joven sonrió a Nora y volvió a llevarse la copa a los labios.

En la televisión finalizó la sintonía de la cabecera del programa *En busca del asesino* y apareció en pantalla el rostro familiar de Hasse Aro. Detrás de él se veía la sala donde los colaboradores de la redacción trabajaban cada uno en lo suyo.

–Bienvenidos de nuevo –saludó con gesto grave–. Vamos a dedicar el último reportaje de la noche al caso de la joven desaparecida en Sandhamn. –Echó una ojeada a sus papeles y continuó–. Lina Rosén desapareció una noche fría y tormentosa del pasado otoño. La pequeña isla de Sandhamn, en los límites exteriores del archipiélago, apenas cuenta con ciento veinte habitantes, aunque cada verano la invaden más de cien mil turistas. Es un paraíso estival conocido por sus hermosas playas y sus espectaculares regatas.

Se aclaró la voz y la cámara se fue acercando a su rostro. Su semblante parecía serio, y el tono de voz, desolado.

–Aún hoy, a los habitantes de la isla los sigue atormentando el misterio de la desaparición de Lina.

En la pantalla apareció la fotografía de una joven guapa, de unos veinte años. Era rubia, con el pelo largo y estaba sentada en una tumbona. La camiseta blanca resaltaba su bronceado y sonreía alegremente a la cámara. Al fondo se divisaban unas rocas y una playa de arena. Parecía que se encontraba en una terraza cercana al mar.

–La última vez que los padres de Lina vieron a su hija fue el viernes tres de noviembre del pasado año. Su hija se disponía entonces a salir para ir a visitar a una amiga que vive en el sureste

de la isla, en Trouville, una zona residencial de casas de veraneo. Según hemos podido saber, la joven partió en bicicleta de regreso a su casa a las diez de la noche, aproximadamente. Luego desapareció sin dejar rastro. Pese a los enormes esfuerzos realizados por la Policía, todavía no ha sido hallada.

Entonces, la pantalla mostró una vista panorámica de la entrada al puerto de Sandhamn. La cámara se fue deslizando desde el edificio de madera que albergaba la posada, pasando por el muelle antiguo, hasta llegar al edificio rojo del Real Club de Vela de Sandhamn, construido en 1887.

No se veía un alma. El quiosco del puerto, donde en verano las colas solían alargarse en zigzag, había echado la persiana metálica de color gris. A lo largo del paseo marítimo, las tiendas estaban cerradas a cal y canto, aseguradas con sólidos candados. Una sensación de desolación lo cubría todo, como recuerdo de que las operaciones de búsqueda de la joven habían sido infructuosas.

Luego la cámara se fue acercando a una casa blanca y la voz en *off* de un locutor describió el hogar de Lina Rosén. La familia era natural de Sandhamn y la vivienda había sido propiedad de los Rosén desde hacía generaciones. La cámara se alejó lentamente de la casa para ofrecer una vista panorámica desde el bosque hasta las pistas de tenis, de donde arrancaba el camino que conducía a Trouville. El camino por el que Lina iba pedalear la noche en que desapareció.

Hasse Aro apareció en pantalla y se volvió hacia un policía de unos cuarenta años que se había colocado a su lado. Era un hombre alto y ancho de espaldas, con el cabello rubio y corto. Parecía simpático y la sonrisa le había dejado una tupida red de arrugas alrededor de los ojos.

—Thomas Andreasson es inspector de la Policía Criminal en la comisaría de Nacka y ha estado vinculado al caso desde la denuncia de la desaparición de Lina Rosén. ¿Qué puedes contarnos?

El policía carraspeó.

—Los padres de Lina encontraron su bicicleta el día de Todos los Santos, es decir, al día siguiente de su desaparición. La búsqueda se prolongó durante varios días, sin que lográramos hallar ningún rastro de ella.

—¿Contó la Policía con la ayuda de voluntarios?

—Sí, los habitantes de la isla realizaron un esfuerzo extraordinario. Muchos se apuntaron como voluntarios y organizamos batidas formando cadenas humanas para peinar toda la isla.

—¿Cómo es posible que alguien desaparezca en una isla tan pequeña como Sandhamn?

En el rostro de Thomas se dibujó una expresión de desánimo. Emitió un ligero suspiro antes de responder.

—Tienes razón, parece imposible que haya ocurrido. Pero lo cierto es que no hemos encontrado ninguna pista que pueda explicar dónde está Lina después de los casi cuatro meses que ya han pasado desde su desaparición.

—¿Podría haberse ahogado?

—Es una posibilidad. Como tú mismo has dicho, durante aquellos días, una gran tormenta se abatió sobre la isla. Si por algún motivo se hizo a la mar en un bote, es muy posible que este se fuera a pique. Ahora le pedimos a la ciudadanía que se ponga en contacto con la Policía si han visto cualquier cosa que pueda ayudarnos en la búsqueda. La investigación ha llegado a un callejón sin salida.

Hasse Aro miró directamente a la cámara.

—Rogamos a quien pueda facilitar cualquier información sobre la desaparición de Lina Rosén que se ponga en contacto con nosotros o con la Policía lo antes posible. Sus padres han prometido una recompensa a quien aporte una pista decisiva.

Empezó a sonar la sintonía de la cabecera del programa mientras un rótulo en la parte inferior de la imagen informaba de que se trataba de una reposición y que ya no era posible llamar para ofrecer ninguna pista.

Thomas Andreasson se recostó en el sofá de su piso de Gustavsberg, en las afueras de Estocolmo. Apuró despacio el café que quedaba en la taza mientras pensaba en el programa que acababa de ver en la tele.

Lina Rosén había desaparecido de la faz de la tierra aquella noche del mes de noviembre. Era un día lluvioso y soplaban un viento huracanado, una de esas tormentas que azotan con tanta frecuencia las islas exteriores del archipiélago. Pasaron varios días antes de que el viento amainara y el mar recuperara su azul habitual.

Cuando fueron conscientes de la gravedad de la situación, ya habían pasado casi dos días. Los padres de Lina la buscaron primero por su cuenta y no se pusieron en contacto con la Policía hasta el sábado por la tarde. La normativa legal ordenaba que no se podía activar ningún dispositivo policial hasta que no hubieran transcurrido al menos veinticuatro horas de la desaparición. La experiencia demostraba que, en la mayor parte de los casos, los jóvenes desaparecidos se encontraban en casa de algún amigo y se olvidaban de avisar a sus padres. De ahí que la respuesta que recibieron los padres de Lina fue que lo más probable era que su hija aparecería al día siguiente. Cuando el dispositivo de búsqueda se puso en marcha con todos los medios disponibles, se había perdido un tiempo precioso.

Se enviaron un gran número de policías al archipiélago con órdenes de peinar toda la isla, además de varios perros policía. Sin embargo, la tormenta tuvo consecuencias desastrosas para los trabajos de búsqueda. Las intensas precipitaciones hicieron poco menos que imposible que los perros pudieran encontrar algo. La lluvia había limpiado eficazmente todas las huellas y todos los olores, la isla estaba tan limpia como si la hubieran fregado con agua y jabón.

Bajo el azote de la lluvia, Thomas y sus colegas registraron todos los rincones de Sandhamn junto a la desesperada familia de Lina, sus amigos y sus vecinos. Al final, Thomas convenció a los padres, exhaustos, para que se fueran a casa a descansar. La

madre estaba tan pálida que parecía que se iba a derrumbar en cualquier momento. Era mejor que la Policía pudiera concentrarse en su trabajo, razonó Thomas. Y además, alguien debía estar en casa por si aparecía Lina. Los padres aceptaron de mala gana.

Thomas aún recordaba el viento cortante que se les metía por debajo de la ropa, y los dedos de las manos y de los pies congelados. La temperatura rondaba los cero grados, pero el frío procedente del mar provocaba que soplara un viento húmedo y desapacible. Las copas altas de los pinos se habían doblado de tal manera bajo la tormenta que las ramas viejas aún crujían.

Recorrieron las playas empleándose a fondo. Peinaron el bosque con ayuda de los voluntarios, desde el cabo de Västerudd hasta Trouville. La búsqueda prosiguió entre los búnkeres sellados de la Segunda Guerra Mundial y en los alrededores de las casas de veraneo, cerradas durante el invierno. Cuando existía el más mínimo atisbo de sospecha, investigaban a fondo. No escatimaron ningún esfuerzo.

Finalmente, uno de los agentes que guiaba a los perros miró a Thomas negando con la cabeza.

—Es inútil —le dijo—. Tal y como yo lo veo, la chica podría estar en el fondo del mar. Los perros tienen que descansar, están rendidos.

Thomas sabía que tenía razón.

Sin embargo, no quería darse por vencido. Había visto la desesperación en los ojos de Marianne Rosén y comprendía muy bien cómo se sentía. Era la misma desesperación que él mismo había experimentado cuando una mañana halló a su hija de tres meses fría, sin vida, en la cuna y todos los intentos de reanimación resultaron ineficaces.

Después de unos días se interrumpió la búsqueda. Habían dado la vuelta a cada piedra y a cada mata de hierba. Fue imposible encontrar a Lina Rosén.

Con el tiempo, la investigación empezó a caer en el olvido. La opinión generalizada de la Policía era que la pobre chica se

había suicidado tirándose al agua y que el cuerpo había desaparecido mar adentro. No cabía otra explicación posible. Ciertas declaraciones de Louise, su mejor amiga, apuntaban en esa dirección.

Thomas se había esforzado al máximo e infructuosamente por encontrar a la joven. Lina había desaparecido, y lo había hecho sin dejar rastro.

Estiró los músculos de la espalda mientras suspiraba. Era muy tarde, debería estar acostado desde hacía rato.

Colaborar en un programa como *En busca del asesino* suponía un paso drástico, pero, sin duda, los padres de Lina estaban dispuestos a hacer lo que fuera para encontrar a su hija.

¿Quién podía reprochárselo?, se preguntó Thomas mientras alargaba la mano para alcanzar el mando a distancia y apagar el televisor.

Tan pronto como entraron en casa y la canguro se hubo marchado, Nora estalló. Había conseguido disimular en la fiesta, pero al llegar a casa ya no pudo más.

—¡Una enfermera! ¿Se puede ser más banal? ¿No se te ha ocurrido nada mejor?

Observaba a su marido con los brazos cruzados. Se hallaban en el vestíbulo de su adosado, en Saltsjöbaden. Lo habían empapelado ellos mismos con un papel pintado a rayitas azules. Nora estaba entonces embarazada de Adam y se había puesto un peto amplio en el que le cabía la voluminosa barriga. Recordaba lo satisfecha que se quedó después de poner aquel papel pintado que había encontrado en las rebajas de verano.

Henrik callaba.

Era evidente que aquel estallido lo había pillado desprevenido. Parecía un niño al que hubieran sorprendido en una travesura.

Nora no podía contenerse. Las palabras brotaban solas, ofensivas y duras, no era de ningún modo el tipo de vocabulario que solía emplear.

—¿Cómo has podido? Después de todo lo que ha pasado. Y yo aquí haciendo de tripas corazón, intentando salvar este jodido matrimonio. He luchado como una idiota para que lo nuestro funcionara, y tú vas y lo arrojas todo a la basura por un polvo con una chica mona.

—Lo siento, no era mi intención que te enteraras de esa manera. —Henrik apartó la mirada.

—¿Cuál era tu intención? ¿Qué habías pensado? —Nora escuchaba las palabras—. ¿Contarme más adelante que querías dejarme por una enfermera? ¿O seguir, sin más, con tu pequeña diversión sin que yo me enterase nunca de nada?

Henrik no respondió. Se aflojó la corbata con una mano y la dejó sobre la mesa del recibidor. Se quitó con calma la chaqueta y la colgó cuidadosamente en una percha.

Nora observó con una pizca de amargura lo guapo que era todavía. Con aquel pelo moreno y su perfil de rasgos clásicos, seguía teniendo el mismo aspecto que cuando se conocieron hacía ya más de doce años.

Un marido de buen ver, y médico. Un auténtico chollo, tal como había expresado su interlocutora en la fiesta.

—¡Joder, contesta! —le gritó Nora—. ¿Cómo suponías que iba a terminar esto?

Se le quebró la voz, se dejó caer en uno de los peldaños de la escalera y hundió la cara entre las manos.

—Esta noche no duermes en nuestra cama, para que lo sepas —añadió tras un largo silencio—. Puedes dormir en el sofá.

Henrik no dijo nada y se limitó a mirarla con resignación.

—Créeme que siento de verdad lo que ha sucedido. No quería hacerte daño.

Nora no respondió.

—Mañana me iré con los niños a Sandhamn —dijo al final—. Es la semana blanca, me tomaré unos días de vacaciones. Cuando volvamos, espero que te hayas mudado a otro sitio. No quiero verte más aquí. ¿Lo entiendes?

—¿No pretenderás echarme así, por las buenas? —Henrik parecía verdaderamente sorprendido—. Yo tengo el mismo derecho a vivir aquí. Esta también es mi casa.

—Ese derecho lo has perdido. No tienes nada que hacer aquí.

Nora se humedeció los labios con la lengua. Tenía la boca tan seca que apenas podía articular lo que quería decir.

—Puedes irte a vivir con tu novia, seguro que ella se alegrará. Está deseando mudarse a tu preciosa casa de Sandhamn.

Tomó aire y lo miró fijamente a los ojos.

—Quiero separarme lo antes posible. —Lanzó una breve carcajada de impotencia. Luego ocultó de nuevo la cara entre las manos—. Lárgate de aquí —le dijo con la voz ahogada.

—¿Y los niños? Al menos deberías pensar en Adam y en Simon.

—Como si tú hubieras pensado en ellos. ¿Es que acaso consideraste que tenías una familia cuando te fuiste a la cama con esa chica? ¿Lo hiciste?

—Tranquilízate —dijo Henrik, y alargó el brazo para acariciarla—. Tenemos que hablar de esto con calma.

Nora se echó hacia atrás.

—No me toques, no me vuelvas a tocar jamás.

Se levantó, abrió uno de los armarios de la entrada y sacó una bolsa de viaje.

—Les diré a los niños que estás de guardia y que no puedes venir con nosotros a Sandhamn. Lo han oído ya tantas veces que no les sorprenderá. —Sacó otra bolsa sin mirar a Henrik—. Están acostumbrados a que su padre nunca tenga tiempo para estar con ellos. —Señaló al aire, como si Henrik no estuviera presente—. Desaparece de mi vista.

Sandhamn, 1899

Los labios demacrados se separaron y dejaron al descubierto unos dientes amarillentos.

Parece una calavera, se dijo Gottfrid sin poder contenerse. Inmediatamente sintió remordimientos por pensar así de su padre moribundo. Pero bien merecido se lo tenía, el condenado viejo.

Su cuerpo consumido estaba recostado sobre almohadones en la cama con dosel. La débil luz de la tarde se filtraba a través de la ventana, con las cortinas a medio correr. Eso hacía que la estancia estuviera en penumbra. Las sombras eran más intensas y los perfiles se borraban. Las profundas ojeras del padre se volvieron aún más pronunciadas.

El padre se tapaba el pecho. La doblez de una sábana sobresalía por encima de la gruesa manta y, junto a las guirnaldas de flores bordadas, Gottfrid pudo ver algo rojo y reseco que no formaba parte de los motivos del bordado.

—Acércate. —El padre le indicó con una seña que se aproximara. Habían colocado su cama en el salón para que estuviera tranquilo, pero al mismo tiempo estaba cerca de la cocina, donde el resto de la familia solía pasar la mayor parte del tiempo.

Gottfrid vaciló, aunque no se atrevía a desobedecer. Sentía un miedo profundo.

Se echó hacia atrás ante el aliento fétido del padre. Su cuerpo olía a acedado, como a algas arrojadas sobre una roca y fermentadas al sol. La madre había colocado bolsas con lavanda, pero no servían de nada frente a aquel extraño hedor.

Tragó para no mostrar su repugnancia. Tenía ya once años, no era ningún crío. Se quitó la gorra y se acercó más.

—Ven aquí —le volvió a ordenar el padre. El eco de su antigua autoridad quedó flotando en el aire.

Gottfrid se acercó unos pasos más.

El padre empezó a toser. Su tos sonaba diferente a cuando él estaba resfriado. Aquella tos iba acompañada de un silbido en el pecho, y ese silbido lo asustó. La cara pálida del padre adquirió un tono azulado cuando hizo un esfuerzo para que entrara algo de aire en sus pulmones enfermos. Se agarraba con una mano a la cama mientras se golpeaba el pecho con la otra, como si pudiera abrirlo para dejar paso al oxígeno vivificante.

Cuando por fin se le pasó, escupió un montón de sangre en el cubo que había en el suelo, al lado del orinal.

—¿Qué tal te las apañas con la pesca? —Gottfrid se miró los pies.

Desde que la tuberculosis de su padre se había agravado y le había impedido trabajar, Gottfrid se vio obligado a contribuir al mantenimiento de la familia. Durante el verano podían alquilar habitaciones a los veraneantes, pero fuera de temporada el único dinero con el que contaban para mantenerse era el que él aportaba.

Su tío materno ponía las redes y el barco, un pequeño bote con vela. Se llevaba la mitad de las ganancias y la familia de Gottfrid la otra mitad. De vez en cuando, si la pesca había sido excepcionalmente buena, el chico podía quedarse con una pequeña propina para él.

Tenía que levantarse a la una y media de la madrugada para salir con su tío Olle, y a veces aún estaba medio dormido cuando se vestía. Cuando recogían las redes y volvían a la isla, Gottfrid se quedaba en el puerto despachando a las mujeres que bajaban a comprar pescado fresco para preparar la comida.

—Anoche estuvimos pescando en Rörskären.

—¿Merluza? —Las fuerzas del padre no daban para una frase entera.

El chico asintió con la cabeza y se irguió, orgulloso de la pesca. Los gastados pantalones cortos se le habían quedado demasiado pequeños y se le subían por encima de la rodilla cuando se movía. El jersey también le estaba pequeño; las mangas le quedaban por encima de las muñecas. El día anterior, sin ir más lejos, la madre había mirado con preocupación su ropa quejándose de lo deprisa que crecía.

—Mañana saldremos a pescar lavareto en Skarprunmaren.

La noche anterior el mar había estado en calma, sin viento, como era habitual en verano, así que tuvieron que remar todo el trayecto. En cualquier caso, era preferible al otoño, cuando el viento no dejaba de soplar.

—Un temporal en Sandhamn no es un temporal, es un infierno —solía murmurar su tío mientras peleaba con la vela bajo las ráfagas huracanadas.

Acostumbraban entonces a poner piedras en el fondo del barco para que este ganara estabilidad. Pero a menudo, cuando las olas rompían contra la embarcación, tenían que achicar agua.

Por eso, Gottfrid nunca se quejaba las noches que el mar estaba en calma, aunque tuviera que remar casi todo el tiempo. Ya con cinco años había aprendido a remar como es debido, con los músculos relajados, de manera que trabajaran la espalda y las piernas.

Le llegó el olor a café. Su madre había dicho que le prepararía una taza antes de que tuviera que salir de nuevo a echar las redes.

—¿Lees el catecismo todos los días?

—Sí, padre. —No era verdad, pero no quería hacerlo enfadar sin necesidad.

—Eso está bien.

El padre se dejó caer de nuevo sobre el almohadón. Aquellos grandes puños, siempre tan prestos a pegar, yacían sin fuerza encima de la manta.

Lo acometió un nuevo ataque de tos. Cuando se le pasó, permaneció tumbado con los ojos cerrados. Gottfrid se escabulló fuera de la sala. De reojo, vio que el padre se incorporaba y arrojaba una flema en el cubo.

Ya no podía quedarle mucho.